



EX LIBRIS

EX LIBRIS



COLECCIÓN  
**FICCIONES REALES**

Director: Cristian Alarcón



**Gonzalo Garcés**

# **Hacete hombre**

Historia personal de la masculinidad



—¿Así que viviste en Francia? —me preguntó, después de un silencio, la chilena.

—Sí —dije—. Ahí estudié.

Hacia unos minutos que estábamos solos en el auto. Pensé que era una estupidez quedarme callado justo ahora. Agregué:

—También me casé y tuve un hijo.

—¿Y por qué volviste?

—Es largo de explicar. Me separé. Me enamoré de otra.

—¿Y esa otra vive en Buenos Aires?

—En Palermo. A lo mejor nos vamos a vivir juntos.

—¿Te molesta que te pregunte estas cosas?

El auto estaba quieto y con las luces apagadas. Yo me había desabrochado el cinturón de seguridad y había sacado los pies de los pedales. Se estaba haciendo de noche, pero habíamos hecho kilómetros duro y parejo. Estaríamos por Las Catitas, o San Martín. Afuera había un cartel de chapa que se iluminaba cuando pasaba otro auto. Adelante brillaba una lamparita colgada. Rodolfo había bajado a comprar unas empanadas.

—No —dije—. Yo también quería preguntarte algo.

—Cuánto hace que lo conozco a tu papá. ¿Eso quieres saber?

—No. O no sé. Te digo la verdad: me duele la espalda de manejar.

Calculo que habrá pasado otro auto, habrá iluminado otra vez el cartel.

—Extraño Chile —dijo la chilena—. Yo soy del cerro.

—Y viniste a un lugar donde es todo plano.

—Porque me enamoré. ¿Qué te quedaste pensando?

—En nada. O bueno, sí. Que estamos hablando.

—Estamos hablando —repitió la chilena.

—¿Por qué aceptás hacer este viaje? Eso quiero saber. En este auto. Con nosotros. ¿Por qué aceptaste?

—Porque tu papá me ofreció plata para volverme a Chile.

Le di a la llave, arranqué y prendí los faros. Mi viejo había vuelto con unas bolsas y unas botellas. Cerró su puerta con un golpe fuerte. Ya está, se volvió loco, pensé. No tiene para camisas y quiere repatriar putas. Le agarró la gran *Perfume de mujer*. Ya fueron suficientes años de vivir con Carla. Ya fue suficiente de romperme las bolas a las ocho de la mañana. Se echa el último polvo y después se mata. Sólo que además quiere que yo esté presente.

—¿Hablaban de mí? —preguntó mi viejo, amariconando la voz, mientras repartía las empanadas.

Adelante, lejos, había unas lomas. Quedaba una franja de azul pálido al fondo. Traté de recordar el paisaje que había visto todo el día y sólo recordé palabras: ruta, árboles. No sirvo para una *road movie*, pensé. Todos los matices del paisaje que hay que saber captar. Todas las inflexiones del tiempo que hay que saber captar. El tiempo de la ruta. El tiempo de las pausas. Y el tiempo de las tensiones y el tiempo del cambio. Las *road movies* son una mierda. Los personajes, a medida que viajan, cambian. Pero yo no creo que nadie

cambie. Yo creo que después de este viaje Rodolfo va a ser el mismo. Yo voy a ser el mismo. Justo porque quiso hacer este viaje, justo porque yo acepté. En eso empezó a sonar un tiqui-tiqui en el motor.

Estábamos por llegar a San Luis. Mi viejo dijo que la correa se había deshilachado. Yo estaba seguro de que la correa no se había deshilachado. Levantar el capó y mirar, por supuesto, no nos sirvió de nada. Ni linterna teníamos. Rodolfo insistió en que nos metiéramos en San Luis y que doblara por una calle, que él conocía, para llegar a un taller mecánico, que también conocía. Doblé por la calle que me indicaba, pero no encontramos el taller. Así que di la vuelta y volví a doblar en la misma calle. Ya habíamos pasado dos veces y no encontrábamos ningún puto taller. Cada vez mi viejo me decía que fuera más rápido. A la tercera nos paró un policía. Con la poca luz no lo había visto. O estaría atrás de un árbol. Se arrimó, grandote, formal, un policía que no parecía argentino, y me dijo que había violado el límite de velocidad. Que si fuera una vez me la dejaba pasar, pero iban tres veces que doblábamos esa esquina a setenta por hora.

—¿No ves que estamos apurados? —lo tuteó Rodolfo.

—¿Cómo dijo, señor? —acercó la cara a mi ventanilla el policía.

—Callate, papá —dije.

—Tenemos que llegar a Tupungato. ¿Me entendés? Todo porque en provincia te sacan el carnet por nada.

—Callate, papá.

—Te sacan el carnet por nada. Te rompen el auto con estas rutas llenas de pozos. Y encima te joden con la velocidad.

—¿Está en estado de ebriedad su padre? —me preguntó el policía.

—No. Le pido disculpas. Está cansado. Igual, el que maneja soy yo. No hay problema.

—Y encima te joden con la velocidad, carajo —repitió mi padre.

—¿Y la señorita quién es? —dijo el policía.

—La señorita es mi amiga —dije—. Es mi novia. Disculpe, oficial. No me di cuenta de que iba tan rápido.

Entonces sentí que Rodolfo me echaba su peso encima. Medio pasándome por arriba, estiró el brazo, le acercó el celular a la cara al policía y le sacó una foto.

—¿Qué hizo? —preguntó el policía.

—Cómo, qué hice.

—Recién con el celular.

—Estoy documentando el abuso.

—Callate, papá —dije.

—Quiero que quede constancia de este abuso policial —dijo mi padre.

—Señor, le voy a pedir que abandone el vehículo.

—¿Por qué?

—Está prohibido fotografiar a un oficial en servicio. Me va a tener que acompañar a la comisaría.

—¿Por sacar una *foto*...? —preguntó mi padre. Se le había desinflado la voz.

—Chucha —dijo la chilena.

—Baje del vehículo. No se lo repito —dijo el policía.

Rodolfo pensó un segundo.

—¿Y cómo sabe que le saqué una foto a usted?

—Callate, papá —dije.

—Le saqué una foto a esas montañas que están detrás de usted. Ese atardecer tan hermoso.

El policía, más por reflejo que por mirar, se dio vuelta.

Mi padre repitió que eran unas montañas muy hermosas.

—En este país no valoramos los paisajes que tenemos —dijo.

Al final me bajé yo. El cana me tuvo un rato parado ahí mientras hacía como que tomaba los datos del auto y hablaba por radio, hasta que pude ponerle en la mano trescientos pesos.

Rodolfo repetía que deberíamos haber “peleado” hasta el final. No estaba de humor para reconocer que el nivel de alcohol en su sangre y una prostituta chilena, posiblemente sin papeles, no nos jugaba a favor. Yo estaba furioso y me divertía y me molestaba un poco reconocer que me divertía. Ahora manejábamos entre árboles. Vi volar algo que podía ser una lechuza. Tal vez era posible, a pesar de todo, captar por lo menos *algo* del paisaje. ¿Se puede también, a medida que uno viaja, cambiar? ¿Pero cambiar cómo? ¿Para convertirse en qué? ¿Era cierto lo que había dicho la chica, que mi viejo había prometido pagarle el pasaje a Chile? Papá, que seguía despotricando, dijo que un hombre encuentra siempre oposición para hacer lo que quiere en la vida. Y por eso, dijo, hombre es aquel que acepta la realidad de la lucha.

—Luchar te hace hombre —dijo.

—¿De verdad? —pregunté yo—. ¿Luchar por qué?

—La guerra, para un hombre, es lo mismo que para una mujer la maternidad. ¿Sabés quién dijo eso, linda?

—Rubén Blades —dijo la chilena.

—Mussolini —contesté yo—. Mi padre fue progre. Ahora le gusta hacerse el facho —le expliqué a la chilena.

—Y mi hijo se permite despreciar la pelea porque cree que otros van a pelear por él —le explicó mi padre.

Yo estaba sorprendido. La chilena levantó las manos en

un gesto de: a mí me dejan tranquila, yo estoy acá sólo para ser testigo del concurso de pijas de ustedes.

—Pelear en la guerra —dijo mi viejo—. Eso les falta a los hombres de ahora.

Frené en la banquina y lo miré.

—¿De verdad pensás las boludeces que decís? —le pregunté—. ¿Cómo podés decir una cosa así?

—No pares. ¿Qué hacés? Es tardísimo. La guerra te hace hombre —insistió mi viejo.

—Pero eso es estúpido —dije—. Que te pongan un fusil en la mano y te manden a la guerra es lo contrario de ser un hombre. ¿Y qué guerra, aparte? ¿De qué estamos hablando? En este país, por suerte, hace mucho que no hay ninguna guerra.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Por qué es lo contrario de ser un hombre.

—Porque es lo contrario de una decisión. En la guerra hasta tu vida es una decisión de otros.

—Uy, un perro muerto —dijo la chilena—. Pobre.

—Ay, bendita inocencia —dijo mi padre—. Treinta y ocho años y todavía no sabés qué es la guerra.

—Todavía no cumplí treinta y ocho.

—Qué tristeza —dijo la chilena.

—¿Quién inventó el arado? Un hombre —dijo mi padre.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Quién inventó el código de Hammurabi? ¿Quién imaginó la República?

—La República no la imaginó uno solo.

—¿De quién era la mano que dejó la primera marca en una caverna? De un hombre. De un varón.

—Y eso, suponiendo que sea cierto, ¿qué tiene que ver?

—Una cultura es una entelequia. Un país es una entelequia. ¿No entendés? Esa cosa artificial, esa cosa inventada, eso aportaron los hombres al mundo. Y sólo si estás dispuesto, por esa cosa inventada, a poner en riesgo tu vida, serás un hombre, hijo mío.

—Ya no se ve nada —dijo la chilena.

## ÍNDICE

### Uno **Historia**

1. Hombres de negro.....11
2. Teléfono (un sueño).....21
3. Saturno tiene hambre .....23
4. Gestos.....31
5. El hijo del dictador (notas para una novela) .....43
6. Mal camino .....49
7. La parte menos sensible (un chiste).....63
8. Vivir afuera .....65
9. Cosas de mierda (borradores).....81
10. Fotos del paisaje.....89

### Dos **El futuro del varón** .....97

### Tres **Proyecto**

1. Se acabó ese juego ..... 135
2. Gaspar Goldstein, alias “El Cadena”,  
divaga en su lecho de muerte (un poema)..... 147
3. El argentino ..... 151
4. Más cosas de mierda (cartas)..... 161
5. Una cueva en Ciudad Gótica ..... 171